

Tomo X

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 20

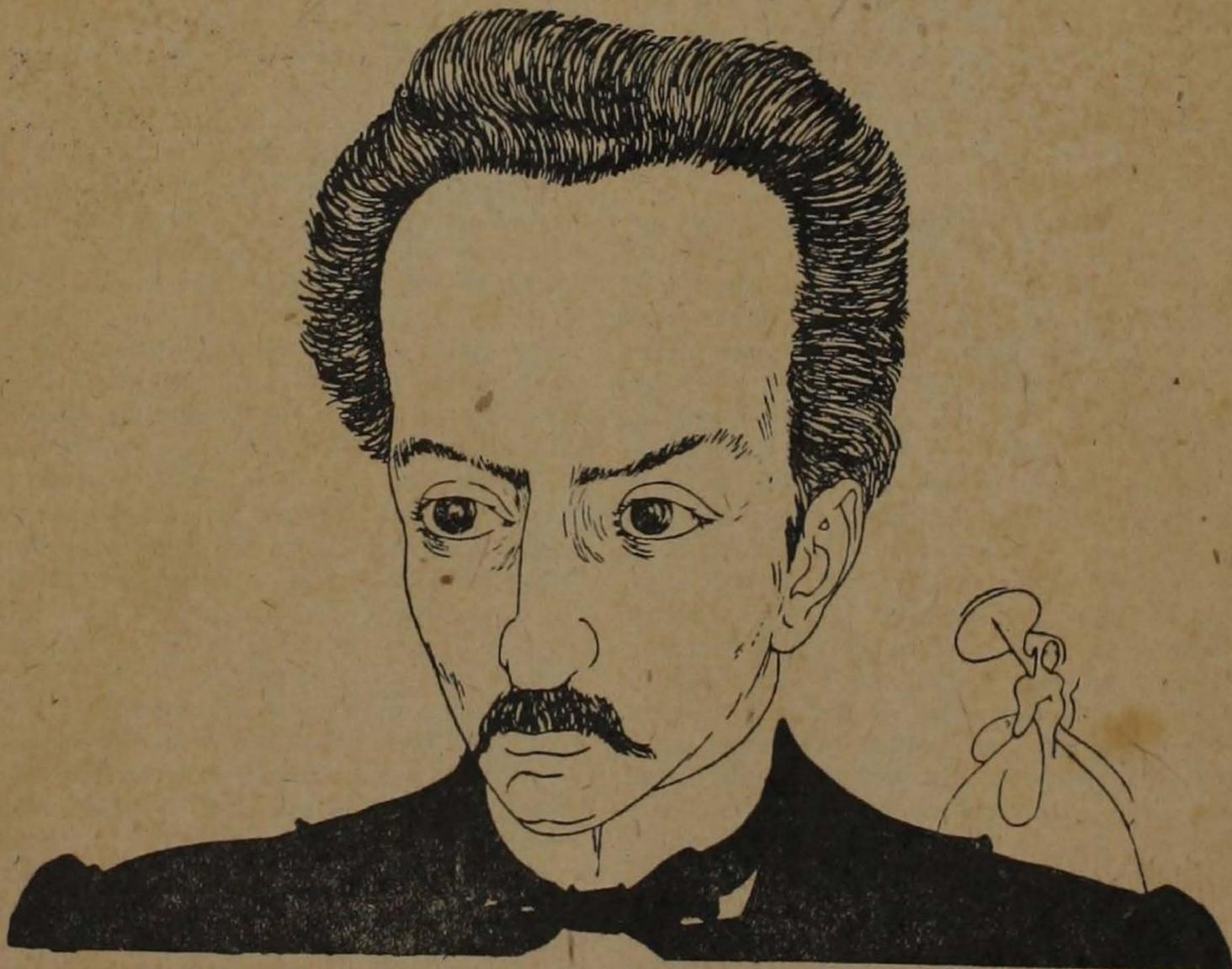
San José, Costa Rica

1925

Lunes 27 de Julio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Ferdinand Lassalle*, por B. Sanín Cano.—*Proletariado y educación*, por Julián Besteiro.—*Mi paganismo*, por Clara Diana.—*El educador y el gobernante*, por Luis de Zulueta.—*Un Congreso más Pan-americano que científico*, por José Carlos Mariátegui.—*Girasol y colibrí*, por José Santos Chocano.—*Rufino Blanco-Fombona y la crítica francesa*.—*El Presidente y las mujeres del Congreso*, por Amanda Labarca Hubertson.—*Motivos*, por Arturo Torres Ríoseco.—*Tablero*.—*Nuestra política internacional*, por Armando Solano.—*Extractos*, por Jorge Tulio Royo.



HACE un siglo vino al mundo en Breslau, de padres israelitas, Ferdinand Lassalle,

cuya fama ha llenado una parte considerable de los orígenes tumultuosos y confusos del socialismo alemán, y cuya vida sentimental ha tentado a biógrafos y novelistas de tan claras prendas como Brandes, Eduardo Bernstein, Jorge Meredith. Se mantiene todavía en el cartel, con visible favor del público, un drama intensamente sentido, sabia y modernamente combinado, por el Sr. José León Pagano, para hacer vivir a la luz de las candilejas al socialista doctrinario y apasionado amante de Elena von Dönniges. Su figura romántica, proyectada en un ambiente tardío, su carácter, sus devaneos sentimentales, tentarán siempre a los novelistas y dramaturgos que, después de haberse mirado introspectivamente con atención perse-

Ferdinand Lassalle

verante, buscan tipos históricos para fijar el resultado de su estudio y de sus imaginaciones.

Al mismo tiempo, una vida tan rica en accidentes, una carrera política tan brillante y tan corta, es tentación frecuente para los observadores del alma humana, encariñados del género biográfico. Volúmenes copiosos están dedicados a describir la vida verdadera y las obras de Ferdinand Lassalle. La misma Elena von Dönniges, con su título de condesa Racovitza, quiso cubrir el desprestigio de su vida escribiendo unas memorias cuyo episodio central y más interesante está constituido por el drama pasional en que ella y Lassalle fueron protagonistas.

A cien años de distancia, la robusta figura ideal de este hombre extraordinario empieza a nimbarse con las luces pálidas y fascinadoras de la leyenda. Su vida exterior careció de

secretos para el mundo. En su vida sentimental hay puntos enigmáticos que favorecen el desarrollo de suposiciones y teorías. Sus numerosos biógrafos han usado cuantos documentos han aparecido después de la muerte de su héroe para fijar en rasgos precisos su imponente silueta, y hoy el nombre de Lassalle, sin ser una figura popular en el mundo político, a la manera de Gambetta o de Pí y Margall, continúa llamando la atención en las altas esferas del pensamiento.

Lassalle estaba destinado por su padre a la carrera del comercio, a seguir la cual no se sentía inclinado el genial israelita. Tal hicieron otros alemanes de raza judaica, contemporáneos suyos, marcados por la naturaleza con el estigma del genio o del talento. Heine, condenado a las opulencias de la banca, logró que le conmutaran su pena por las aflictivas estrecheces de la vida literaria. Börne, un entusiasta de las ideas y de los hombres nuevos de su época, fué, para atender a la voluntad de sus mayores, estudiante de medicina. Abandonó las ciencias médicas para seguir la carrera de publicista, que ilustró con obras menores, cuyo análisis llena capítulos en la historia de las letras alemanas, y horas de complacencia en la vida de los que saben apreciar el grande estilo. Börne había muerto cuando Lassalle llegó a la edad de hacerse conocer; pero Heine le vió de cerca, le admiró en frases cálidas de valor profético y rompió con él más tarde, como había roto con Börne, con Platen y con otros amigos de sus primeros días.

Importa analizar las razones de juicio o de sentimiento por las cuales subió Lassalle tan rápidamente a la posición en que se hallaba para ante su pueblo en los días de su muerte, no sin haberse ganado la admiración de hombres como Humboldt, Bismarck y Heine. Una mirada a los caracteres salientes de la vida intelectual alemana en los períodos anteriores a la llegada de Lassalle puede darnos la clave del enigma. El período designado en la historia de las letras con el nombre de romanticismo alemán, se distingue por la falta de carácter, por la inconsistencia de conducta y de principios en sus hombres representativos. Esta flaqueza de temple moral se prolonga un tanto en el período siguiente, o sea, el de la «Joven Alemania», en el cual empezó a figurar Ferdinand Lassalle. Los hombres del período romántico, cuyas protestas juveniles de lealtad a las ideas y a los fueros inalienables de la vida y del instinto llenaron el ambiente alemán a fines del setecientos y a principios del siglo pasado, terminaron reconociendo el principio de autoridad en política y acogiéndose a la paternal sabiduría y vigilancia de la Iglesia Católica y del Papado. Unos que empezaron preconizando la república absoluta, en que hasta las mujeres tuviesen voto, terminan, como Schlegel, «allanándole con sus escritos el camino a la monarquía reaccionaria». Otros, como Novalis y Schleiermacher, que en sus primeras obras exaltaban el protestantismo como representante de las aspiraciones del hombre a libertar su conciencia de todo yugo exterior o interno, acaban en la aceptación del poder temporal del Papa y de acuerdo con los jesuitas. En el período siguiente, el hombre más significado de su grupo, Enrique Heine, se burla de todos los credos políticos y religiosos, es republicano por instantes y acaba, según se dice, por servirle a la Monarquía de Julio con fidelidad de asalariado. Börne, su grande amigo de los primeros días y su enemigo venenoso e intransigente de los años posteriores, no es más consistente en sus actitudes. Pasa, como suelen los entusiastas, de unas ideas a otras, e impulsado por las necesidades del frasear hermoso, ya se llama católico de convicción, ya blasfema, negando el poder de Dios, para consolarse de las derrotas de Polonia.

En materia de amor y de matrimonio las ideas de los románticos alemanes eran de fácil y agradable aplicación. Con-

viene añadir que desde los tiempos del período clásico, antes de que se hubieran hecho sentir las plausibles ideas de Madame Stael, ya Schiller y Goethe daban testimonio práctico de la inconstancia del hombre y de la mujer en sus relaciones mutuas. Señoras, relacionadas con reinas y recibidas en las Cortes, hacían vida común con Schiller, con Jean Paul y con estrellas de magnitud secundaria. Durante el período romántico no es menos activo el cambio de relaciones amorosas que el de ideas políticas. Carolina Michaelis dejaba a su esposo para serlo de Schlegel, a quien abandonó más tarde, sofisticada acaso por las teorías de Schelling, que vino a ser su tercer marido con anuencia, según parece, de los otros dos.

Esta confusión de ideas, esta laxitud de las costumbres duraba en la memoria de los hombres de la generación a que perteneció Ferdinand Lassalle y es de creer que los sucesores de los grandes románticos no estaban, como suele suceder, orgullosos de sus predecesores. La reacción natural en estos casos habría de encauzar en álveos de respeto a las ideas, de consecuencia con los principios y de regularidad en las costumbres. Los períodos de la historia oscilan de esta manera: al desenfreno, ejercitado como si fuera una moda, sucede el puritanismo con caracteres de suprema elegancia, y cuando es difícil ser rigurosamente austero en las costumbres no es imposible ejercer la hipocresía para aparentarlo. La generación de Lassalle tenía inclinación a cultivar el carácter y a admirar a los hombres sobresalientes que parecían poseerlo. Un hombre detestado y detestable, como Bismarck, se ganaba la admiración de su pueblo porque asumía actitudes definidas y llevaba la demostración de sus energías de carácter hasta la brutalidad. No es de admirar que en el contacto de este hombre de hierro con una mente que tenía la suavidad exterior con la dureza y la elasticidad del marfil se hubiera sentido cautivado por ella. «Lassalle, dijo Bismarck, era un enérgico intelectual, cuya conversación era muy instructiva».

A más de un hombre de acción, impelido por fuerzas cuyo alcance pretendía conocer, Lassalle fué un erudito y un sentimental. Cuando hubo terminado la campaña judicial emprendida para defender a la condesa Hatzfeldt contra las crueldades de su esposo, fué a buscar descanso escribiendo un libro sobre la *Filosofía de Heráclito el Oscuro* que apareció en 1858 y le colocó de una vez entre los grandes investigadores alemanes del pensamiento helénico. Hablando Gomperz del filósofo de Efeso señala como sus «musas inspiradoras: el silencio y la belleza natural». Acaso por estas cualidades de Heráclito puso en él sus ojos el organizador del socialismo alemán, sintiéndose vecino espiritual del hombre que formuló en principio la continua mutabilidad de las cosas. Parece contradictorio afirmar, en presencia de la vida inquieta y desbordante de Lassalle, que fueran sus musas la soledad y la belleza natural. Es preciso llegar al fondo de su naturaleza. Lassalle buscó fuera de sí mismo una agitación violenta para templar el efecto que debían obrar sobre su naturaleza las inclinaciones a la soledad. Se negó a seguir la carrera del comercio, cuyas actividades ponen al hombre en contacto individual inmediato con sus semejantes, del cual suele quedar en las manos o en el rostro la huella impura de los géneros que cambian de dueño. Los estudios a que Lassalle se dedicó preferentemente enseñan la meditación y predisponen a la soledad. No es posible sentirse solo sentado a la mesa compartiendo con amigos el placer de la comida. Solía reunir Lassalle alrededor de su mesa gentes conocidas y desconocidas para reposarse acaso de sus campañas entre obreros. Quería de este modo, sin duda, reponerse de la soledad, cuya práctica más extremada no se ejercita huyendo al desierto y negándose al trato con las gentes, sido frecuentando el trato de las multitudes o de pocos entes anónimos. Formando parte

de las grandes masas humanas en las calles de urbes populosas, dirigiendo la palabra a auditorios innumerables de desconocidos, ocupando sitio en el hall de los grandes hoteles entre los trotamundos y las aventureras de toda pluma que allí suelen reunirse, el sabio experimenta la misma impresión de soledad que su compañero de la Tebaida. Mientras no hay contacto espiritual derivado de comunidad de ideas y sentimientos, dos hombres, uno en presencia de otro, pueden gozar el placer de la soledad de manera eficaz y trascendente.

Lassalle buscó, también con empeño de refinado, la belleza natural así en las cosas materiales como en las del espíritu, de preferencia en éstas.

Sus empeños en favor de la condesa Hatzfeldt son una obra de belleza espiritual. Tamaña decisión en honor de una causa justa, sin esperar siquiera el amor de la mujer por quien se llevaba a cabo todo género de sacrificios, incluso el honor, es un espectáculo de grande e inexplorada belleza. Cuando el famoso personaje de Ibsen dice a su mujer que está dispuesto a sacrificar por ella todo menos el honor, la esposa atribulada responde que es el honor un concepto sacrificado continuamente por la mujer en aras del amor y en beneficio de los hombres. Lassalle da en su vida el espectáculo excepcionalmente bello y casi increíble de poner su honor en peligro por una mujer a quien admira sin haber amado.

Su noción lógica de la vida y de la justicia acabó por destruirlo. Fué víctima de su carácter y de su respeto a las leyes sociales. Un hombre que sacrificó su honor en aras de la amistad, no consintió que una mujer ofrendase el suyo tratando de echar por tierra las barreras que una vieja preocupación ha levantado entre clase y clase. La mujer a quien amó por su belleza exterior y por los talentos de que quiso adornarla su imaginación de poeta, no pudo ser su esposa porque las necias ideas de clase alimentadas por su familia consideraban a Lassalle indigno de ella. Elena von Dönniges se escapa de la casa paterna y va a refugiarse en casa de Lassalle. Su madre y su hermana, que la han seguido, entran a casa del pretendiente para salvar a Elena restituyéndola en tiempo a su hogar. La enamorada resiste. Lassalle la entrega a su madre con un gesto de autoridad que le arrebató de ahí en adelante las prerrogativas del posible esposo. El paso de Elena quebró la vida de un hombre lógico. La posición creada por una mujer ciega de amor excedió las nociones de un filósofo y mostró la pequeñez del hombre ante las montañas del pre-concepto. Ninguna solución habría sido plausible para Elena, para su familia, para la sociedad y para Lassalle. La mujer amada se consideró definitivamente perdida para la sociedad y repudiada por el hombre de sus sueños. Era un cadáver moral. La familia no había reparado el daño sino parcialmente. Lassalle a los ojos de Elena era un hombre sin valor ante las preocupaciones sociales, un ser lógico, inferior al genio de la especie. Murió Lassalle en un duelo, a consecuencia de una escena que hubo de provocar en casa de von Dönniges. Así se extinguió un germen cuyo total desarrollo pudo haber cambiado el rumbo histórico de la Nación alemana. ¡Qué oscuros son los designios del destino a que obedecen los hombres! Renán moría lamentando no poder contemplar la forma en que había de desarrollarse el germen de Guillermo II y no se dolió nunca de que el desarrollo del germen de Lassalle hubiera quedado envuelto en las sombras de lo frustráneo.

B. SANÍN CANO

(La Nación,
Buenos Aires).



HACIA UNA NUEVA CULTURA

Proletariado y educación

HE aquí un tema tan atractivo como difícil de desarrollar.

Atractivo, porque en él se hallan las raíces de todos los optimismos de las almas atormentadas por las nebruras del presente y ansiosas de la luz que alumbra la senda de una nueva y más noble Humanidad.

Difícil, por su complejidad, por la variedad de sus formas, por la plétora de realidades nacientes que, al tratarle, asaltan el pensamiento y le hacen vacilar en la estimación de multitud de promesas, imposibles de ser encerradas en los límites estrechos de las definiciones perfectas, propias de las cosas acabadas y yertas.

Para todo el que ha vivido íntimamente la vida de las organizaciones obreras, el tema «proletariado y educación» es un tema profundamente emocional.

Allá por el año 1844 escribía Karl Marx su *Introducción a una crítica de la Filosofía hegeliana*.

En ese trabajo, el gran maestro del Socialismo proclamaba la bancarrota de los viejos sistemas filosóficos y anunciaba el nacimiento de una nueva filosofía de emancipación, alma del gran organismo de los desheredados, ansiosos de romper las cadenas de la miseria y de la ignorancia.

Al cabo de ochenta años no ha nacido una nueva dogmática, no se ha construido un nuevo sistema filosófico que aspire a acuñar las almas con un nuevo troquel; pero en el taller activo de las organizaciones obreras se ha forjado una nueva fuerza espiritual que anima y eleva la escuela del pueblo; que invade, penetra y transforma la escuela secundaria y las Universidades; que enriquece con nuevas instituciones educativas los cuadros mezquinos en que la tradición cultural de las clases dominadoras ha encerrado el porvenir de las generaciones nacientes.

Es un impulso multiforme que con rapidez va dibujando los contornos grandiosos de una organización internacional. Es una marea creciente y arrolladora que en nuestros días va encauzándose en corrientes poderosas y fecundas.

Los núcleos nacionales en que esta nueva corriente educativa, nacida del proletariado, se manifiesta más vigorosa, son los Estados Unidos de América, Alemania e Inglaterra.

Antes de la guerra ya existían centros culturales creados por los obreros en sus Sociedades de resistencia.

Estos centros tenían principalmente por objeto formar individualidades aptas para la propaganda y para el servicio de los Sindicatos. Eran un instrumento educativo nacido al calor de la lucha de clases.

Después de la guerra, el proletariado ha tenido que asumir la responsabilidad de funciones sociales, económicas y políticas, para las cuales es imprescindible una cuidada preparación intelectual; por otra parte, el mejoramiento de las condiciones del trabajo, y principalmente la disminución de la jornada, han creado posibilidades que antes no existían para la satisfacción de las exigencias intelectuales y morales,

tan vivamente sentidas por las masas de obreros dedicados a la producción industrial.

Así han nacido: la Asociación para la educación obrera, en los Estados Unidos; la Escuelas de Economía y la Academia del Trabajo, en Alemania; la Sociedad para la educación obrera, también, y la Liga de la Plebe, en Inglaterra.

En la revista alemana titulada *Die Arbeit* (El Trabajo), y editada por el centro de publicidad de la Federación de Sindicatos de esa nación, apenas puede encontrarse un número en que, al lado de los escritos destinados a tratar problemas estrictos de organización obrera, de política del trabajo o de economía, no se inserte también algún artículo dedicado a los problemas de educación.

En uno de los últimos números de esa revista encontramos un estudio del doctor Ernesto Michel, que no solamente revela la existencia en Alemania de una preocupación, tan intensa por la cultura obrera como existe en Inglaterra, sino, además, que las varias interpretaciones de esta tendencia general educativa son, con ligeras variantes, las mismas en los dos países.

La Academia del Trabajo, en Alemania, aspira a la formación integral del espíritu del obrero, dándole acceso al estudio de la ciencia pura como debe cultivarse en los Centros más elevados de investigación y de educación humana.

Las escuelas de Economía tienden a hacer a los trabajadores de la industria más aptos para resolver los problemas ligados al ejercicio de su profesión, así como a dotarles de los conocimientos necesarios para el desempeño de las difíciles funciones propias de los Consejos industriales, a los cuales la revolución ha dado acceso a los obreros de las fábricas.

La Liga de la Plebe, en Inglaterra, no se contenta con proporcionar al obrero una cultura profesional; pero quiere poseer un personal docente, planes de enseñanza, materias de estudio que tengan un carácter específicamente obrero, libre del contagio de toda cultura burguesa, que los afiliados a la Liga repudian como nociva para la consecución de los fines propios del proletariado.

Por el contrario, la Sociedad para la educación obrera inglesa, lo mismo que la de los Estados Unidos, proclama como principio que la cultura obrera no puede ser otra cosa que una cultura humana, y trabaja, de acuerdo con el profesorado universitario, para hacer accesibles a los obreros los grados superiores de la educación, ordenando el programa de trabajo conforme a las peticiones de las Trades Unions y aceptando la intervención activa en la práctica de la enseñanza y las iniciativas de los alumnos obreros, como una reforma necesaria de los métodos de la misma Universidad, que, como es sabido, se distingue en Inglaterra por el respeto a la personalidad del escolar.

Aunque el doctor Ernesto Michel no lo manifiesta con entera claridad en su estudio, parece entreverse que es a la última de las indicadas tendencias a la que se dirigen principalmente sus simpatías.

Por ahora, en Inglaterra, la Sociedad para la educación obrera es la que parece desarrollar más actividad y encontrar más eco en las filas del proletariado.

De todos modos, aun en las organizaciones culturales obreras de tendencia más dogmática, profesio-

sional y práctica, hay detalles que demuestran hasta qué punto estas corrientes educativas se encaminan hacia el cultivo de disciplinas que hasta ahora parecían alejadas del interés de las masas.

Baste citar que en los planes de estudio es frecuente encontrar la Psicología como una de las materias preferentemente solicitadas y cultivadas por los estudiantes obreros.

En nuestro país podríamos citar ejemplos que demuestran la existencia en los medios proletarios de análogas necesidades y análogos anhelos de saber.

Lástima que estos anhelos no puedan producir tan notables resultados como en otros países, por la falta de ambiente cultural propia de una nación en que los Poderes públicos han cuidado celosamente de evitar el desarrollo de la cultura, forjando con la ignorancia colectiva un vergonzoso instrumento de dominio.

JULIÁN BESTEIRO

(*La Libertad*,
Madrid).

Mi paganismo

Yo soy pagana; quiero vivir sin leyes y sin religión.
Quiero ir por la vida siguiendo las normas de mi propio corazón.
¿Qué mejor religión puede tener quien no conoce de venganzas ni de mal?
¿Quien sabe perdonar y lleva en la frente el resplandor de un ideal?
¿Qué otras leyes más justas que las de la belleza y del amor para todo?
¿No es por ellas, acaso, que encontramos la estela del astro en el lodo?

Son mi deleite las coloraciones vagas del atardecer con sus topacios murientes.
¡Es en la tarde que brilla un nimbo de luz sideral sobre las frentes!
Amo a la luna por dulce, por pálida y por su misteriosa lejanía.
Así de alejada, de triste y de huraña, es esta pobre alma mía.
Vago por las noches, silenciosa, atento el corazón al rumor de la yerba.
Yo siento en la noche un suave perfume que deleita y que enerva.
El mar y los abismos, ejercen sobre mí, irresistible atracción.
Pero es, en ocasiones, menos peligroso acercarse a ellos, que a los bordes de un corazón.

Mi paganismo es espiritual: yo no miro en los rostros: antifaces de siempre; yo busco en el alma.
Las cosas hondas se reflejan en mí, como un ramaje en las aguas en calma.
Apacible y sincera, yo voy por la ruta, un poco alejada.
Y tras de mí, oigo rugidos de lobos: viene feroz la manada.
Así quiero vivir: laborando siempre para mi reino interno.
¿Qué me importan los ladrones y la existencia del infierno?
Dejar una huella de luz en la senda y una ternura prendida al pasar.
A la belleza, a la fe de mí misma, al amor y al dolor, yo les he levantado un altar!

CLARA DIANA

Costa Rica. Enero de 1925.

El educador y el gobernante

(La Libertad, Madrid)

ALGUNAS VECES, un texto, algunas líneas bien elegidas, son el mejor reactivo para conocer el estado de nuestro espíritu. Sirven de piedra de toque. Lo que cada lector, después de conocerlas, opine, objete, comente, nos revelará qué es lo que él lleva en el fondo de su alma.

En un artículo de Wells, acerca de *La educación de los adultos*, tropezamos con uno de esos reactivos psicológicos. Copiemos aquí los párrafos decisivos. Léalos cada cual y confiésese a sí mismo, con la ardua lealtad interior, qué es lo que sobre ellos piensa:

«En Inglaterra ha habido una tentativa ridícula para suprimir la propaganda bolchevique. Yo he visto bastante propaganda bolchevique, y la verdad es que no es un género muy convincente. Pero suprimiéndola, confiscando la Policía sus libros y papeles, lo ha revestido de una cualidad de misterio romántico y enorme significación. Nuestros mocitos y doncellitas, especialmente los más brillantes y más imaginativos, se dan a pensar que debe ser algo portentoso para agitar de ese modo a las autoridades.

»Es más: en nuestras Universidades se ha incitado a los tipos más rústicos y brutales de estudiantes a agredir, y casi a exterminar, a los sospechosos de tales lecturas. Esto acaba de dar a la cosa una alta fascinación intelectual.

»El resultado es que todos los alumnos de los colegios ingleses, con una chispa de iniciativa mental y de respeto a sí mismos, se sienten anhelosos de abrazar la doctrina bolchevique. Crean en Lenin... porque les han impedido leerlo».

Hasta aquí H. G. Wells. Apliquemos ahora ese reactivo a dos almas distintas. Mostremos el texto a un profesor y a un hombre de Gobierno. Sea el primero una persona consagrada a los problemas de la educación y enterada de los trabajos de la nueva Pedagogía. El segundo será un estadista, un político que se crea conocedor de las realidades positivas de la sociedad presente.

Parece que el educador y el gobernante habrían de reaccionar de análoga manera. Sus respuestas deberían ser iguales. Ambos se proponen guiar a las colectividades humanas hacia el Bien, empleando aquellos recursos que la Psicología tiene por eficaces y prescindiendo de aquellos otros que un sereno estudio de los fenómenos anímicos rechaza como inútiles, perturbadores o contraproducentes. Las verdades psicológicas valen lo mismo en Política que en Pedagogía. «Lo que es malo moralmente, no puede ser bueno políticamente», decía, con razón, Gladstone. Lo que deseduca y rebaja la conciencia de un grupo de jóvenes estudiosos, no puede levantar la conciencia de un país.

Sin embargo, el profesor y el gobernante sentirán reacciones distintas. Dirá el educador:

—Tiene razón el autor de *La llama inmortal*. Sostener lo contrario equivaldría a recaer en los errores de una Psicología arcaica y una Pedagogía vetusta. Tratándose, como en ese artículo se trata, de estudiantes que han franqueado ya el umbral de la adolescencia, es innegable que el método negativo,

prohibitivo, coactivo, represivo, sólo sirve para producir efectos contrarios a los que se buscan y para fomentar el mal o el error, dando a cualquier fruto acerbo el encanto pecaminoso de la manzana del Paraíso. Vale más discutir abiertamente con los muchachos universitarios; mostrarles con sinceridad el pro y el contra; no ocultarles ninguna doctrina, ningún hecho social, ninguna posición del espíritu; hacerles sentir que toda antorcha es sagrada; pero que, quizás, en otras regiones elevadas, serenas, hay todavía más luz que la que ellos sospechaban. La libertad educa. Por la libertad y para la libertad se forman los corazones. Estimulando la violencia entre los propios estudiantes contra los sospechosos de lecturas prohibidas, tendéis a sustituir la razón por la fuerza; la convicción, por la ignorancia o el fanatismo. O haréis esclavos o haréis rebeldes. No es ese el camino discreto. Nunca cercenéis las alas a un espíritu joven; si emendáis alguna vez su rumbo, que sea para empujarle a volar más alto...

Algo así diría el pedagogo. El hombre de Gobierno diría... ¡Quién sabe lo que diría, en cada ocasión, un hombre de Gobierno!... Pero allá, en lo íntimo de su mente, posible es que discurriera en éstos o parecidos términos:

—No; no tiene razón el autor de *Los primeros hombres en la Luna*. Vivimos en la Tierra, y en este planeta nuestro no se gobierna con literatura. La mejor refutación de Lenin es no leerlo. No saben, por lo común, los pueblos usar rectamente de la libertad. El derecho de opinión es muy respetable; pero cuando las opiniones resultan peligrosas para el orden social, el orden social es lo primero, y las opiniones disidentes deben ser suprimidas y ahogadas. ¿Que es contraproducente este método? En teoría, en la teoría psicológica o pedagógica, jurídica o ética, se podrá discutir. En la práctica... ¿cómo gobernar de otro modo?

He ahí dos distintas respuestas, dos reacciones contrarias. En seguida se observa que corresponden a dos etapas diferentes de la evolución histórica. Los gobernantes están hoy donde los educadores estaban hace siglos. Para los primeros, no tienen aún aplicación los modernos progresos de las Ciencias del Espíritu. Aprovechan todavía la férula que ya desecharon los pedagogos. En el mundo actual, con un criterio se guía a los muchachos; con otro, el opuesto, se rige a los hombres. Persistese en creer que los métodos cuyo fracaso hemos comprobado en el alma infantil, tienen, en el alma adulta, virtud y eficacia. Queremos emancipar a los pequeños y detener la emancipación de los mayores. Se sueña en mantener la disciplina en la sociedad con aquellos procedimientos que ya están desacreditados para mantener la disciplina en las escuelas.

¿Por qué? La educación ha progresado porque el maestro, el padre, busca sólo el desarrollo y desenvolvimiento de sus discípulos. Ya sabe que, como al Precursor, a él le toca menguar para que los otros crezcan. ¿Es este siempre el punto de vista del político? Todos los educadores convienen, además, en que los viejos métodos eran molestos y fatigosos para el alumno; pero cómodos y descansados para el profesor. La libre iniciativa del escolar da mucho que hacer. También en un pueblo la libre actuación de la democracia, el régimen de opinión pública pone

cada día a prueba la interna autoridad y la efectiva capacidad de sus Gobiernos. ¿No cederá en ocasiones el hombre de Estado a la tentación de los métodos viejos que, por lo menos a plazo breve, le aseguren el reposo y la comodidad?

Claro está que no es ese el verdadero político. El verdadero estadista tiene también mucho de educador. Es un genial educador de su país. Ya lo indicaba Platón en su diálogo *El Político...* «Llamemos, pues—decía—, al arte de gobernar mediante la violencia, *tiranía*, y el arte de gobernar libremente animales bípedos que se prestan a ello con gusto, *política*, y proclamemos que sólo quien posee este arte es el verdadero político y el verdadero gobernante».

LUIS DE ZULUETA

Un Congreso más Pan-americano que científico

LA idea de un congreso continental de todas las ciencias, me parece, ante todo, una idea demasiado presuntuosa y pan-americana. La organización de un congreso de estas dimensiones es una empresa de la cual únicamente los norteamericanos, armados de sus extraordinarios instrumentos de publicidad y de *reclame*, pueden ser los *managers*. Los norteamericanos disponen, al menos, de los medios de usar en la organización de un congreso científico continental la misma técnica que en la organización de un espectáculo de box en Madison Square Garden. Europa, discreta, sabia, no nos ofrece modelos para estos rasca-cielos de cartón-piedra. Los congresos científicos de Europa—congresos internacionales y no europeos—son congresos de una disciplina o de un grupo de disciplinas científicas. No son estos congresos omnibus que, vanidosamente, se proponen abarcar todos los ámbitos de la ciencia.

Estos congresos de mastodóntica estatura y feble organismo constituyen un producto típico del rasta-cuerismo americano. Denuncian muy clara y nítidamente nuestro espíritu y nuestra mentalidad de «nuevos ricos». Acusan su origen y su inspiración yanquis en la tendencia a funcionar como un *trust* de todas las ciencias.

Pero, como no se trustifica la ciencia con la misma facilidad que el petróleo, estos congresos tienen siempre magros resultados. Los del Tercer Congreso Científico Pan-Americano han sido, naturalmente, más magros que de costumbre. La organización del congreso ha carecido en este país, de modestos recursos, de los poderosos resortes de propaganda de que habría dispuesto en los Estados Unidos o en la Argentina. Ha sufrido, además, todas las influencias mórbidas de la política criolla. El Congreso, por estas y otras razones, no ha conseguido interesar sino a un número de hombres de ciencia de América. El mérito, la calidad y hasta el número de los trabajos no han correspondido al volumen de la asamblea. No han correspondido siquiera al plan del comité organizador. (Plan germinado y madurado, dicho sea de paso, en una universidad mediocre y pávida, recomendaba a la deliberación de la ciencia americana no pocos temas

elementales e insignificantes ⁽¹⁾). La verdadera *élite* intelectual de América ha estado casi totalmente ausente del Congreso. No han concurrido a este congreso los mayores representantes del pensamiento ibero-americano. Tampoco han concurrido los mayores representantes de la ciencia y las universidades norteamericanas. El Tercer Congreso Científico Pan-americano ha tenido necesidad de anexarse dos profesores españoles, Jiménez de Asúa y Vicente Gay, para ornamentar un poco su tribuna.

No obstante esta anécdota, el Congreso ha sido, naturalmente, más pan-americano que científico. El congreso ha funcionado bajo la inspiración burocrática de la Oficina de la Unión Pan-Americana y de los ambiguos ideales del señor Rowe. Basta una sumaria revisión de sus votos para adquirir esta convicción. Uno de esos votos acuerda la fundación en Washington de una Universidad Americana puesta bajo los auspicios de la Unión Pan-Americana; otro propone la creación de una Universidad Pan-Americana en Panamá y le nombra la misma hada madrina; otra pide a la taumatúrgica Unión, para todos los países del continente, una ley modelo sobre el control de la leche. La misma tendencia late en una serie de mociones que declaran la necesidad de uniformar pan-americanamente, en el continente colombino, todas las cosas, todos los procedimientos y todas las ideas. Según las conclusiones del Congreso, todo aspira en América a ser uniformado: los sistemas de educación, la enseñanza de la historia, las escuelas artísticas, las unidades de medida, los reglamentos de farmacia, el comercio de drogas, la nomenclatura zoológica y botánica, la protección de los animales, etc., etc. La Unidad de América resulta definida, con inefable simplicismo, como una mera cuestión de reglamentos, como un asunto de ordinaria administración. La América indo-íbera es invitada formalmente a adoptar, en todo, el patrón yanqui. La personalidad de cada nación, de cada grupo étnico, debe disolverse en un internacionalismo burocrático y pan-americano administrado y tutelado por los Estados Unidos.

El balance del Congreso no puede ser más pobre. Descontados los votos de aplauso, las recomendaciones insulsas y otros frutos negligibles, la labor del Congreso aparece muy exigua. No han faltado, ni podían faltar, algunas válidas contribuciones individuales. No han faltado sin duda, secciones que han trabajado probamente. Pero estos resultados parciales no salvan el conjunto. El porcentaje de tesis y de debates ramplones es exorbitante. Algunas secciones no han funcionado sino ficticiamente. La sección de Economía Social, que se había propuesto resolver algunos temas arduos, se ha contentado con una actividad y una colaboración inverosimilmente raquílicas. Ningún tópico nuevo, ningún tópico fundamental, aparece en el elenco de los trabajos reunidos. La labor de la Sección de Educación parece más voluminosa; pero tampoco ha enfocado sino unos pocos puntos de su programa. No abordando siquiera el debatido tema de la orientación clásica o realista de

(1) Nota de la Redacción.—Recordamos a nuestros lectores que las opiniones de los colaboradores de *Mercurio Peruano* son exclusivamente individuales. Sin embargo queremos en este caso dejar constancia de nuestra disconformidad con la apreciación que de paso formula sobre nuestra Universidad el distinguido autor de este artículo, y aclarar el hecho de que la Universidad se ha abstenido de concurrir a este Congreso por motivos que todos conocen.

la enseñanza, aunque su ánimo conservadora y el afán rastacuero de coquetear con cualquiera moda reaccionaria—reforma Berard o reforma Gentile—no le han permitido abstenerse de recomendar la restauración del latín en la segunda enseñanza. La vuelta al latín, el «ritorno all'antico», ha sido uno de los ideales larvados, uno de los votos instintivos de la gente que en esta pan-americana adunanza ha hecho sobre los topics de educación un poco de academia y un poco de retórica. Por un curioso fenómeno de desorientación y de ineptitud, un Congreso Científico y Pan-Americano ha votado por el clasicismo en la enseñanza. En vez de aconsejarles a estos jóvenes países, enfermos de retórica, una educación técnica y realista, les ha aconsejado una educación clásica. Y no ha sido éste el único voto anecdótico de la Sección de Educación. He aquí otro: «El Tercer Congreso Científico Pan-Americano recomienda que a los cursos de Historia Literaria, se les reconozca como finalidad la formación de un definido concepto estético literario», voto típico de magister mediocre, cargado de pedantería, hinchado de dogmatismo. El Congreso no quiere que en los colegios y en las universidades americanas se estudie y explore diversos conceptos estéticos, sino que se adopte uno uniforme, único, máximo, sobre medida. Que se le declare el concepto estético por antonomasia. La libertad artística asusta a la fauna tropical. La cátedra pan-americana aspira a sistematizar y a mecanizar el arte. América necesita una norma uniforme de creación estética más o menos del mismo modo que necesita una norma uniforme de control de la leche, (Voto LXII del Congreso). Mientras en Europa el arte se dispersa en cien estilos, cien escuelas y cien conceptos, en América debe conformarse con un solo estilo, una sola escuela y un solo concepto. No se diga que deforme, antojadizamente, una conclusión aislada de la Sección de Educación. Se trata de un conjunto orgánico, o articulado al menos, de votos de la misma tendencia. Otro voto determina, por ejemplo, los materiales de los neo-estilos americanos y propugna la reglamentación de las construcciones urbanas dentro de esos neo-estilos. El Congreso Científico y Pan-Americano se imagina que un estilo artístico es una cosa que se decreta y se impone por bando. Cree probablemente, que el arte griego, o el arte gótico, o el arte rococó surgieron en virtud de un reglamento. En otra conclusión, se habla del internacionalismo estético de la escuela americana. Pero, ¿cuál es la escuela americana? ¿Dónde está la escuela americana? ¿Es un producto indo-sajón? ¿Es un producto indo-ibero? ¿O es un producto pan-americano? Las escuetas fórmulas, las enfáticas recetas del Congreso Científico no definen ni precisan nada. Puesto que la escuela americana no existe, tenemos que suponer que el Congreso Científico no intenta sino prever su existencia. El Congreso, aunque científico, aunque pan-americano, no ignora, seguramente, que los artistas de América no han creado todavía una escuela americana, ni que la heterogeneidad espiritual y física de América se opone, por ahora, a que prospere un estilo continental.

Fijemos otra característica fisonómica del Tercer Congreso Científico Pan-Americano. Este Congreso no ha producido casi sino recomendaciones. Pobre en especulaciones, pobre en hipótesis, pobre en ideas,

se ha permitido un lujo exorbitante de votos, de deseos y de augurios. Se ha complacido en recomendar, interminablemente, estudios, procedimientos, institutos, investigaciones. El elenco de estos votos es un documento fehaciente de la incipiente de la ciencia americana. Todo está por estudiar, todo está por investigar en esta jactanciosa América, cuya fauna tropical declara la inminente superación de la vieja Europa.

Malgrado su afición pan-americana al alarde, el propio Congreso no ha podido abstenerse de confesar con modestia la juventud de la ciencia de América. En uno de los votos que más inconfundiblemente reflejan su mentalidad burocrática, el Congreso recomienda «que los gobiernos de todas las naciones del nuevo mundo estimulen la producción de estudios científicos entre sus profesores universitarios, a fin de acrecentar el acervo de los conocimientos locales». El Congreso Científico Pan-Americano coloca, sin duda, en el mismo rango, los medios de estimular la producción científica y los medios de aumentar la producción de ostras.

En conclusión se puede decir que la ciencia americana ha ganado bien poco con su Tercer Congreso. Todas las magras utilidades de la feria han sido para el pan-americano del Profesor Rowe.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

(Mercurio Peruano,
Lima).

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

La mejor en su clase. Últimos estilos

Trabajos modernos

Calle del Tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranja, Ginger-Ale,

Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Girasol y colibrí

Yo te ví,
colibrí,
escapar de un bullente crisol
(¡oh zafiro, topacio y rubí!)
y clavar de tu pico el fistol,
con tremante y sensual frenesí,
en el centro de un gran girasol.

Y yo al verte tremante y sensual
sobre el disco de un Sol de oropel
que fingía esa flor, creí que él
era un ancho copón de cristal,
sobre el cual
un chispazo de luz tropical
embriagábase en iris y en miel...

Tu temblor
infundióme un febril no sé qué...
Y el afán a la vez que el temor
con que, así, el girasol siempre ve
de la hoguera solar el fulgor,
pensar me hizo en un acto de fe...

Yo no sé
si el Amor
a mi lira le dé
el secreto de pájaro y flor...
¿Cuándo, y cómo? ¡Habla, Amor! ¿Dónde fué?...

¿Dónde fué? Fué en el viejo Perú,
cuando en él no soñaba existir
(Tihuanaccu: lo sabes bien tú...)
el fantástico Imperio de Ofir.
¿Los Atlantes poblaban quizás
por entonces esa áurea región?
Tales cosas parecen que son
todavía de tiempos de atrás...

«Era un Rey»... la canción
dice así; y esta sí que es mi Ley...
Y que nadie saber quiera más.
«Era un Rey...»

... que tenía un solo hijo, un gentil
mozalbete, un primor,
un esbelto jarrón de marfil
en que el rostro ponía una flor;
pero el tal
príncipe era un cruel cazador,
que así hería a una garza real
como echaba el lebril corredor
a hacer buscas entre un matorral:
sabía él perseguir por igual
a las piezas de caza mayor...
(Yo no sé si se ve bien o mal
que se trata de asuntos de amor...)

El placer
era el único afán
con que el príncipe hacía caer,
cual si fuese un feroz Capitán,
conquistadas mujer tras mujer...
Emprendiendo conquistas sin plan,

Capitán del Amor quiso ser
este gran
precursor que hizo ayer
lo que hoy sólo repite Don Juan.

El también escaló
la muralla de un Templo, en que no
penetraba varón más que el Rey...
y ¡ay! de aquel que violara la Ley.
(¿Quién respeta la Ley?—digo yo—).
Tal vez dijose el príncipe así:
—¿Quién respeta la Ley? Nadie...—Y
la muralla del Templo saltó.

Las vestales del culto solar
que miraron al príncipe entrar,
se escaparon corriendo en tropel
y quedando desierto el altar
y caídos los trípodes, el
fuego sacro empezóse a apagar.

Sola, en medio de la amplia extensión
que lucía la nave central,
una linda vestal
siguió siempre en sus danzas, al són
de una lira de fino cristal,
como en una elevada abstracción,
como en una embriaguez musical...

Danzarina de líricos pies,
siguió siempre en su baile, aunque al fin
reparó ya en el príncipe y sin
gran temor preguntóse:—¿Quién es?—;
pero dándose cuenta después,
escapóse corriendo al jardín...

Él corriendo al jardín fué detrás:
la alcanzó, la besó, la rindió...
Con sus ojos pedía ella más;
y sus labios decían que no.

Montó en cólera el Sol; y—¡Está bien!
gritó. (El grito fué un trueno. El capuz
de las nubes rasgóse; porque en
él cayó un puñetazo de luz...)

Hizo el Sol de aquel príncipe audaz
colibrí enamorado como él,
que no deja a las flores en paz,
porque a todas les chupa la miel...
La vestal fué una flor del jardín,
condenada al litúrgico rol
de girar en un baile sin fin,
vuelta siempre la cara hacia el Sol...

Esta historia es del viejo Perú,
cuando en él no soñaba existir
(Tihuanaccu: lo sabes bien tú...)
el fantástico Imperio de Ofir.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Rufino Blanco-Fombona y la crítica francesa

Las grandes revistas del París de la postguerra señálanse porque prestan al pensamiento universal, y a sus máximos representantes, una atención documentada, que antes de 1914 no era común en la mayoría de las revistas parisienses.

En otros pueblos de Europa ocurre algo semejante. Se habrá adquirido con la guerra — a precio muy caro por cierto — la siguiente convicción: no sólo el pensamiento en abstracto mueve el mundo, sino que, dentro de cada sociedad, un grupo de escritores influye directa o indirectamente — y quíerese o no — en la conciencia pública. Conviene, pues, conocer la obra y el carácter de estos escritores influyentes, de personalidad bien acusada.

Hemos visto que a Benavente se le ha concedido el premio Nobel de literatura, galardonando en él una obra meritísima y una luenga actuación social. Hemos visto que a Baroja se le ha llamado a hablar en la Sorbona. Ahora toca el turno a otros.

En una de las mejores revistas parisienses de la postguerra, *La Vie des Peuples* — cuyo nombre corrobora nuestras ideas — aparece en el número de marzo un concienzudo y minucioso estudio donde se analiza la personalidad y la obra de un gran escritor hispanoamericano, nuestro querido amigo e ilustre colaborador D. Rufino Blanco-Fombona.

Como se trata de un largo trabajo de 65 páginas, nos contentaremos con traer a las columnas de *El Sol*, sólo un extracto.

El ensayo, suscrito por el eminente publicista Georges Lafond, se titula: *Les multiples aspects de l'oeuvre de Rufino Blanco-Fombona*. Se analiza, primero, El hombre y su vida; después, La obra. Y se nos presenta al autor en los varios aspectos de su personalidad literaria: como poeta, novelista, ensayista, historiador, etc.

«Blanco-Fombona, dice el crítico, tiene un mérito que pasa por encima de todos: el mérito de ser siempre sincero, siempre de buena fe, hasta cuando yerra. De él se ha dicho: «este hombre no es un charlatán; puede engañarse, pero no engaña».

Y concluye el crítico: «Cuando empezamos la lectura de una obra suya esperamos encontrar a un autor y quedamos sorprendidos: encontramos un hombre».

En la obra exclusivamente política de Blanco-Fombona encuentra el autor dos motivos dominantes: la bolivarolatría y el odio a los Estados Unidos. Ambos le parecen comunes en una inmensa mayoría de americanos. «Blanco-Fombona,—dice el señor Lafond, citando la opinión de un crítico literario de los Estados Unidos, Mr. Isaac Goldberg—es el espíritu de Bolívar combatiendo en el mundo del pensamiento contemporáneo. Su concepción del Nuevo Mundo y de su destino es la misma de Bolívar».

En cuanto a la antipatía hacia los Estados Unidos, opina el señor Lafond que nunca se pondrá bastante cuidado en «esta aversión profunda, esta antipatía clínica, común a los mejores americanos de

lengua española. A esta resistencia instintiva, a esta soberbia de toda una *élite*, debemos en América el magnífico florecimiento actual de una cultura neoespañola».

* *

Para pintar el carácter de Blanco-Fombona se vale el crítico francés de algunos rasgos que lo revelan. Refiriéndose a un viaje del autor al Alto Amazonas, a donde iba a tomar posesión del peligroso cargo de gobernador de aquellas regiones, el señor Lafond escribe: «Un día la expedición encontró un buque que descendía el Orinoco. Eran gentes de Río Negro. Informaron al nuevo gobernador que el gobernador a quien iba a reemplazar había muerto asesinado; que bandas de foragidos armados habían invadido el Territorio Amazonas, a las órdenes de un hombre temido, llamado Francisco Mirabal. Sus hermanos le preguntan:

—¿Piensas seguir el viaje después de esas noticias?

—Sí—responde Blanco-Fombona.

—¿Sin tropas?

—Sin tropas.

«Esa tarde comprendí — explicaba después — que era absurdo ir a tomar posesión de un país desierto y salvaje con cuatro compañeros y un sirviente. Pero, ¿qué hacer? ¿Reclutar? Yo temo más el ridículo que la muerte».

En el Territorio Amazonas, naturalmente, le esperaba un drama sangriento. Debió la vida a su abundante corazón, a su ya probada energía. No murió; pero cayó preso. En la cárcel escribió su novela *El hombre de hierro*.

Al hablar de Blanco-Fombona como novelista, el señor Lafond analiza las novelas y cuentos del autor. Termina recordando, como síntesis de su juicio, las palabras del austriaco Max Nordau sobre el creador de *Máscara heroica*, *El hombre de hierro*, *El hombre de oro*, *Dramas mínimos*, etc.: «es un poderoso escultor de figuras humanas».

Como historiador, el crítico juzga a su autor así: «Blanco-Fombona produce la impresión, por lo menos en lo que concierne a Bolívar, de un coleccionador paciente, secundado por un comentador erudito y un «metteur en scène» fastuoso... En *El conquistador español del siglo xvi* aplica rigurosamente el método experimental, que consiste en buscar las condiciones naturales, fisiológicas y sociales, cuyo concurso fué necesario para la formación y desarrollo de «un animal de especie superior», el hombre que realizará los destinos latentes de la raza...

El conquistador español del siglo xvi contiene páginas maravillosas, que coloco, sin titubeo, entre las más bellas de toda la obra de Blanco-Fombona. Esta admirable síntesis condensa, en apenas 300 páginas, toda la historia y toda la filosofía de dos civilizaciones — la de España desde los más remotos tiempos y la neolatina o neoespañola de América; — hasta pudiera decirse de tres civilizaciones, pues el autor saca a luz a cada instante la civilización de los pueblos vencidos, algunos de los cuales, los incas, los aztecas, poseían una sólida estructura social.

El señor Lafond concluye su estudio de *La Vie des Peuples* con las palabras siguientes:

«La obra de Blanco-Fombona es ya considerable. La crítica contemporánea ha prestado atención a esa obra; pero bajo aplausos corteses se disimula mal cierta secreta envidia y rencores amargos. Nadie ha sido más discutido que Blanco-Fombona, nadie más atacado... Se le pillá, se le plagia, se le imita... En algunos órdenes de ideas su influencia es innegable, potente, activa, aunque en algunas Repúblicas americanas de lengua española, principalmente en la República Argentina, los medios literarios y centros sabios discuten ásperamente la personalidad y las ideas de Blanco-Fombona. Hay algo de prejuicios respecto al carácter del hombre, que se supone agresivo, violento, cuando es la bondad que se disimula. Hay algo de equivocación respecto a la forma dispersiva de su talento: el estudio de la obra total revela, en medio de la aparente diversidad, una síntesis compacta.

»Rufino Blanco-Fombona es un idealista práctico, un temperamento sólidamente organizado, en el que se coordinan, en un justo equilibrio de valores, el amor de las especulaciones intelectuales y de la sensación artística con el sentido y los principios de una economía racional.

»En ningún momento «descarrilan» ni su concepción literaria, ni su ideología, ni su criticismo, ni su análisis psicológico. Posee el sentido innato y constante de las realidades...

»El lugar eminente que ocupa en las letras contemporáneas está llamado a elevarse más. Su renombre salta ya las fronteras y los dominios del idioma castellano.

»Entre los escritores de la América latina es Blanco-Fombona uno de los más representativos del genio especial del Nuevo Mundo. Posee de aquel universo el entusiasmo, la impetuosidad verbal, la espontaneidad en las ideas, la visión desmesurada, el carácter conquistador, el amor inmoderado de lo bello, del bien, del goce carnal. Posee también el patriotismo integral puro, desinteresado, del que nuestras naciones industrializadas han matado la noción.

»Entre los escritores de lengua española ocupa el puesto que merece en las esferas literarias de Madrid. Ha heredado de sus ascendientes españoles la flexibilidad y la gallardía de un lenguaje prestigioso, de vocabulario mágico, la potencia a la vez maciza y orfebrada de una dialéctica luminosa.

»En la minúscula pléyade de escritores universales traducidos, leídos y conocidos en todos los países y en todas las lenguas, Blanco-Fombona puede esperar inscribirse bien pronto.

»De estos favoritos cuyo talento ha sabido conquistar el mundo, posee los dones esenciales: la emoción, el culto de la verdad, el saber sin pedantismo, la elegancia de la forma, el arte de agradar sin adulación.

»En sus libros se encuentra siempre algo que hace pensar, algo que enriquece nuestro espíritu. «Nadie llevó nunca tan lejos la ciencia y la pasión de experimentar sobre sí mismo y sobre los demás la gama infinita de goces y dolores humanos».

(El Sol, Madrid).

DE ESTADOS UNIDOS

El Presidente

y las mujeres del Congreso

La recepción en la Casa Blanca

...Como es norma en todos los congresos, el horario de trabajo ha alcanzado hasta las cuatro de la tarde y enseguida se estableció un nutridísimo programa de recepciones, tées, bailes, visitas, banquetes, etc. Las sociedades femeninas que nos hospedaban han hecho lujo de amabilidad, ofreciéndonos cada día una lista de entretenimientos sociales en donde elegir. Al tercer día del Congreso, se fijó la recepción en la Casa Blanca.

No sin emoción crucé su cancela. Bien sé que cualquiera puede franquearla, pues el parque que rodea la mansión presidencial es público durante el día. No hay tampoco guardias: jarmas al frente!—que le cohiban a uno. Así y todo no me es posible marchar con el corazón ligero entre estos prados en que la historia de los Estados Unidos se ha vivido a veces con trágica y cruenta intensidad.

La casa, de simple y severa arquitectura colonial, nos abre sus puertas. Es un detalle curioso que el nombre con que la conoce todo el mundo sea incidental. Washington la bautizó como «la mansión del Ejecutivo» y así fué llamada hasta los años de la invasión inglesa, cuando, destruida e incendiada la incipiente metrópoli, del palacio no quedaron en pie sino sus muros de piedra, hollinados por las llamas. Al ser reconstruida, se los recubrió de cal y desde entonces es la Casa Blanca.

Nos conducen los ujieres por una amplia galería: la de los retratos de las *First ladies of the Land*. «La Primera dama del País» es el título cariñoso que el pueblo confiere aquí a la esposa de su presidente. Desde sus dorados marcos nos contemplan la señora de Van Buren, de prestigioso recuerdo, la de Zacarías Taylor de la que se cuenta que, habiendo compartido siempre la existencia de militar en compañía de su marido, cuando llegó a la Casa Blanca, continuó en sus costumbres sencillas, rehusó en absoluto participar en la vida social y se encerró en unas cuantas habitaciones del palacio, tejiendo y fumando su vieja pipa. Las señoras de Harrison, de Hayes, de Roosevelt, todas han dejado aquí la graciosa huella de su paso.

Acompañadas por su memoria penetramos al *East Room*, el salón de recepciones, todo en los tonos del marfil y el oro. Una orquesta da sus sonos a la distancia. El gran piano ricamente decorado está abierto, como si aguardara las patricias manos de su dueña. Cabe los muros, los sillones vacíos se miran en el brillantísimo parquet. Tres lamparios de cristal y oro recogen ahora los reflejos de la tarde y los devuelven aquí y allá poniendo notas de colores en las sedas marfileñas. Las delegadas extranjeras, para las cuales exclusivamente se ofrece hoy la recepción, aguardamos en grupos, un poco cohibidas, en la solemnidad del recinto.

Una puerta lateral da paso al Salón Azul en donde acostumbra recibir el Primer Mandatario. Por

allí penetran una a una las delegadas. Nos toca el turno. Un edecán nos recibe y nos acompaña hasta dejarnos en presencia de otro, ante el cual decimos nuestro nombre y país. El los repite al Presidente que está de pie, en medio de la sala. A su derecha, su esposa y, acompañándolos una serie de edecanes ceremoniosos, embutidos en ricos uniformes de gala.

Mr. Coolidge es un hombre delgado, más bien alto que pequeño, muy rubio, con una mirada casi melancólica. Todos los rasgos de la faz delatan el alma que se repliega en sí misma, que siente intensísimamente sus responsabilidades y que las acepta en silencio, resignado acaso.

Me extiende su mano y me da la bienvenida en muy cortas frases. Enseguida, presenta a su esposa que nos saluda graciosamente.

Ella es una dulce mujer. A pesar del ceremonioso protocolo, muestra en su mirada, en sus ademanes, en las poquísimas palabras que se pueden cruzar en una presentación de esta especie, que su alma sale al encuentro del mundo. De soltera, fué maestra en una escuela de sordo-mudos. Allí la conoció Calvin Coolidge, a la sazón un modesto abogado de aldea y desde entonces han unido sus vidas en la triste como en la próspera fortuna.

En el comedor de gala con el cual comunica este Salón Azul, hacen los honores las esposas de los Secretarios de Estado. Nos ofrece una taza de té la señora de Kellog con la cual enhebramos gratos recuerdos de su permanencia en Chile. Otras ministras atienden a los diversos grupos de delegadas.

En compañía de algunas, recorreremos los salones: el Verde, tapizado de terciopelo esmeralda que enmarca los retratos presidenciales de los Adams, Jackson, Buchanan y Lincoln; el Rojo en donde preside la magistral figura de Washington. Desde el centro de una de las salas contemplábamos absortas las próceres figuras, cuando un edecán se nos acerca y nos ruega que dejemos libre el espacio: el Presidente se aproxima. Grave, solemne, con su mismo

aire de reconcentración melancólica, pasó llevando del brazo a Mrs. Coolidge. Los edecanes de historiadados uniformes le precedían e iban tras él, hieráticamente. Los visitantes guardaban respetuosamente las distancias.

Cuando su figura se había desvanecido en una de las cámaras vecinas, los edecanes, más humanizados ya, se acercaron a nosotras.

—¿Se ha retirado ya el Presidente?—le pregunté a uno de ellos.

En efecto, eso era el protocolo. Y yo recordaba con verdadera nostalgia las recepciones de la Moneda y a nuestro Presidente, por fortuna, tan poco amigo de protocolos. ¡Quién sabe también si habría impuesto alguno al tener que habérselas con cuatrocientas delegadas!

Salíamos con mis compañeras comentando todo esto. En resumen, decía una de ellas, la Casa Blanca no es más magnífica que la Moneda; nuestro Salón de Honor soporta con ventaja la comparación con el *East Room*. Sí, eso es verdad, pero la Casa Blanca tiene de más bello, en primer lugar, el parque que le rodea, con estos prados flexibles, estas fontanas, y jardines y árboles umbríos; y después, la historia que se guarda en cada rincón suyo. El pasado de la nación nos habla. Reciben a su entrada las «Primeras Damas del País», no sólo la de hoy, sino también las que en ella fueron reinas y dulces señoras, desde los tiempos de Martha Washington. Los retratos de los Presidentes son lecciones vivas; nos confían los afanes y las altísimas ambiciones de estos patriotas por hacer de su tierra una de las más grandes y más nobles de todo el Universo y uno, aunque sea allí una extranjera, siente como si oyera palpitar bajo su oído el corazón de toda una raza.

AMANDA LABARCA HUBERTSON

(*La Nación*, Santiago de Chile).

Motivos

Yo voy andando...
¿Hacia qué rumbo?
Yo soy un eco
de un viejo mundo.
Digo: te amo.
Dices: te adoro.
Y hay llanto
y oro.
Escribo y pienso,
como y digiero,
ando despacio
y ligero.
Voy al teatro,
vuelvo a mi casa,
me siento y leo,
el tiempo pasa.
Todos los días
la misma cosa.
Soy tu marido.
Eres mi esposa.
¿Y tú quién eres?
¿Y yo quién soy?

¿De dónde vienes?
¿A dónde voy?
¿De dónde vengo?
¿Por qué razón
tengo cerebro
y corazón?
¿A qué preguntas
y pesimismo?
Todos los hombres
hacen lo mismo.

Escribo versos
con alegría.
Y leo libros
de caballería.
Medito a veces
en Dios y en el Diablo,
de sabiduría
ya no hablo.
Quisiera que todo
fuera el mínimo:
la idea
y el trino.
No escribir ni hablar,

sugerir...
Dejar todo el yo
dans un mot.
Voy de bruces
al dadaísmo.
Exclamación
o histerismo.
O desprecio absoluto
al burgués;
o cerebro
al revés.
¿Es?
¿No es?
¿Hamlet
o don Quijote?
Diferencia de mote...
To be
or not to be...
El mundo es así...
¿Por qué?
Porque sí.

ARTURO TORRES RIOSECO

University of Texas. 1925.

Nuestra política internacional

EL incidente que acaba de promover el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Kellog, con sus declaraciones a la prensa norteamericana en contra de la estabilidad política de Méjico y de la seriedad y rectitud con que esa nación cumple sus compromisos diplomáticos y trata de llegar al arreglo de los asuntos pendientes por reclamaciones de ciudadanos o compañías industriales de otros países, ha puesto de nuevo sobre el tapete la vieja pugna entre la América del Norte y la del Sur, y hace necesarias y oportunas algunas explicaciones que ayuden a fijar nuestra posición en ese arduo problema.

Por lo que a Colombia respecta, es evidente que no hay aquí, a pesar de que no faltan motivos, para ello sino que sobran, no siendo, por cierto, de los que se olvidan fácilmente, un sentimiento de aversión o de odio contra la república del Norte y mucho menos contra los ciudadanos de ese gran pueblo. Esta declaración, que es absolutamente sincera, responde fielmente al estado de la conciencia colectiva y se exterioriza día por día en las relaciones mercantiles y privadas. Pero no podría ocultarse que existe desconfianza, recelo, temor, en relación con las actuaciones oficiales de los gobiernos yanquis. No nos han permitido los estadistas norteamericanos que perdamos la memoria de actos que dejaron indeleble huella en el corazón de la República. Aun aquellos mandatarios que convirtieron la Casa Blanca en templo de la equidad y fuente de la justicia, nos infirieron daño apreciable en nuestra integridad territorial o en los fueros de nuestra soberanía. Y en los momentos en que más cordiales eran o parecían nuestras relaciones con los Estados Unidos, no dejaban de llegar a nuestros oídos el clamor o la queja de pueblos hermanos, oprimidos o vejados por una intervención militar cruel e implacable.

No han querido los hombres del Gobierno en Washington, ni los publicistas y diplomáticos de la Unión, escuchar la voz de quienes en la América española rechazan, con argumentos que no han sido refutados, la humillante y equívoca protección de la Doctrina Monroe, teoría anacrónica, incompatible con nuestro actual desarrollo económico y moral, con las presentes orientaciones de la política europea, con la noción científica del Estado y con el proceso que han sufrido, sin excepción, todos los principios que rigen a las sociedades. Al contrario: en declaraciones parlamentarias, en notas de cancillería, en discursos de elevados funcionarios, han venido agregándole a esa Doctrina nuevos y abusivos derivados que adicionan con imprevistas coacciones y tuteladas depresivas, el tiránico imperio de la declaración de Monroe. Prácticamente, la vida civil, la marcha interior de cada una de nuestras repúblicas, aun de aquellas que a justo título figuran entre las más avanzadas y mejor consolidadas, se mueven bajo el control del Departamento de Estado. Con el pretexto de sostener los gobiernos legítimamente constituidos, clasificación arbitraria que nadie les ha encomendado, y que tiende a arrancar concesiones y privilegios de los mandatarios a trueque de la garantía de un predominio, quizá tiránico, ejercen los Estados Unidos

una intervención crónica, que ya parece aceptada, no obstante que mutila sustantivamente la soberanía y establece despotismos tropicales infinitamente más duros que los que pudieran surgir de la libre voluntad de los pueblos, como que serían despotismos de traidores.

¿Cómo apreciar la penetración económica y los sistemas de que suele valerse? Nadie ignora hoy los procedimientos empleados por las compañías petroleras, por los sindicatos y los grupos que se adueñan de vastos negocios o establecen un monopolio de hecho en determinada comarca. El capital norteamericano casi siempre persigue fines políticos, aparte de los exclusivamente financieros y de preferencia a ellos, y está dirigido y respaldado por la obra de la diplomacia y por la potencia militar de su pueblo. Eso es lo que hoy lo diferencia del capital europeo, ya que las naciones del viejo mundo, fuera de estar cohibidas por la famosa Doctrina Monroe para toda acción coactiva, carecen ahora de la capacidad agresiva y de las fuerzas necesarias, así como de la libertad para ponerlas en juego. La medida que en este campo garantizaría la definitiva confianza de las repúblicas del Sur, no puede ser otra que suprimir la supervigilancia oficial de los negocios privados, quitarle al capital el carácter de avanzada o descubierta imperialista, darle un voto de respeto y de confianza, que es merecido, a la autoridad administrativa y judicial de estos pueblos, y abandonar, pero del todo y para siempre, el tono de desdeñosa superioridad, de jactanciosa protección o de áspero dominio, que ha sido el predominante en las discusiones que se presentan. Es muy difícil, pero es indispensable que los Estados Unidos se convenzan de que la América española nunca puede aceptar el concepto, a toda hora presente en la mente y en los labios de los yanquis, de que está poblada por razas inferiores, ineptas para la civilización. Nosotros distinguimos irrevocablemente civilización de cultura, y creemos que ésta puede y aun suele albergarse en edificios que tengan menos de sesenta pisos.

El americano del Norte, mientras conserve esa ideología atrasada, ese gesto de mando y de desprecio que se traduce en sus injustas y bruscas actuaciones diplomáticas, llegará hasta nosotros como conquistador, para vivir fugazmente y en pie de guerra sobre los territorios usurpados, fomentará la casta sórdida de los Chamorros para obtener de ellos concesiones a espaldas del pueblo, pero no establecerá el comercio tranquilo, continuo, amistoso y fecundo a que aspiran sus grandes estadistas, los de más larga visión, y que nosotros deseamos y necesitamos, puesto que, como al principio se dijo, aquí no existe ningún prejuicio racial, ningún rencor, y al contrario, los viajeros norteamericanos que nos visitan tienen que darse cuenta de la viva simpatía y de la ingenua franqueza con que tratamos a los hijos de esa república.

Las virtudes privadas, la sencillez, la honradez del tipo medio de la Unión americana, poseen innumerables admiradores entre nosotros. Admiradores prácticos que no vacilan en enviar sus hijos a las Universidades de los Estados Unidos. Y por el aspecto colectivo, es en Sur América y es en Colombia donde existe un concepto más comprensivo y entusiasta del magno, del prodigioso esfuerzo reali-

zado en el comercio, en la ciencia, en la educación, por los Estados Unidos. La desconfianza que impide la compenetración de miras, nace de la consuetudinaria equivocación que sobre nuestro carácter sufre el funcionarismo yanqui, por no tener tiempo o voluntad de estudiarnos. No somos, desde hace mucho tiempo, tribus a las que se debe intimidar, sino países cultos a los que es forzoso tratar como iguales. Por desgracia, cada desplante de impertinencia o de insolencia parecido al del señor Kellog, provoca una corriente de resistencias que tarda mucho en disiparse, pues aunque la solidaridad latinoamericana no consta en ningún protocolo, existe como el ineludible resultado de la comunidad de origen y destinos, de lengua, de religión, de esperanzas y de temores. El panamericanismo, que hoy es una dorada mentira, podría ser una palpitante realidad cuando los Estados Unidos, lo quisieran lealmente.

ARMANDO SOLANO

(De Patria, Bogotá).

Tablero

=1925=

Poderes morales

San José, a 20 de julio de 1925.

Señor don Joaquín García Monge,
Editor de REPERTORIO AMERICANO.

Ciudad.

Mi eminente amigo:

Juzgo que desmerecería en mi condición de venezolano si no tocara a las puertas de usted para suplicarle se me aúne en el generoso propósito de llevar a conocimiento de la intelectualidad del continente en las columnas de nuestro apostólico REPERTORIO el gesto tan ejemplar como altivo en que la notable escritora y educacionista Carmen Lira puso de relieve su amor a la causa de la libertad y la democracia continental; y aunque bien es cierto que en estas épocas de convencionalismo y de reacción valiera más a los escépticos aplicarles un indiferente *vox clamantis in deserto*, nuestra condición de hombres libres y amantes de la democracia nos impone el deber de recoger y hacer bueno el gesto de la eminente mujer de letras tanto por su magna independencia, cuanto por la singular ejemplaridad que aquél entraña.

Al ser invitada la notable escritora al bautizo de la Escuela que llevaría el nombre de REPÚBLICA ARGENTINA, he aquí las sencillas palabras contestadas por *Carmen Lira*:

"...mucho me extrañó encontrar entre la lista de padrinos el nombre de Juan Santaella, representante de una tiranía. (1)

"Mientras la escuela tenga de la sociedad un criterio igual al de los comerciantes sin moralidad y de las autoridades sin ideales, la vida no tiene esperanza de renovación.

"Me excuso, pues, de asistir a la ceremonia, &, &."

Y como señalando una pauta a los encargados de levantar en un alto ejemplo de patriotismo y moralidad a los niños de hoy que constituirán el porvenir de nuestras naciones de América, la distinguida educacionista se abstuvo de asistir a una ceremonia en que el formulismo oficial trataba de exhibir en imposible confraternidad al agente de una tiranía con miembros independientes del magisterio de Costa Rica.

Ruego a usted, pues, mi distinguido amigo y profesor, no preocuparse del desaliño de estos renglones, ya que ellos no llevan de bueno sino el plausible gesto de nuestra grande amiga, y crea usted que van a perfecta unisonidad los ideales que persigue el REPERTORIO con los que inspiraron el gesto tan varonil como eminente de la notable escritora.

Y acepte los respetos de su muy leal amigo,

J. C. SOTILLO PICORNELL



Explicación

En *La Opinión* del miércoles, 22 del mes en curso, nuestro poeta Julián Marchena se muestra lastimado porque en el REPERTORIO AMERICANO no se hubiesen publicado unos versos suyos que dice haberme remitido, en 1922, por intermedio de don Rogelio Sotela. Declaro que el Sr. Sotela nunca los puso en mis manos. Por lo que he sabido, los hizo publicar en la página literaria de *La Tribuna* del Jueves 11 de Junio de 1925. Mal podía yo, como se ve, darle al Sr. Marchena cumplidas gracias por una dádiva de qué ni noticias tenía.

Estimo al Sr. Marchena, y me dolería si pensara que lo he tratado con descortesía o desdén. Sus producciones poéticas pueden figurar dignamente a la par de las otras que han visto la luz en el REPERTORIO. Yo estoy abierto para cuantos en América cultivan las letras con probidad y competencia.

Puedo anunciarle al Sr. Marchena, que Carmen Lira prepara en honor suyo una página lírica para una de las próximas ediciones del semanario a mi cargo.

Espero que estas líneas le expliquen al Sr. Marchena mi silencio.

J. GARCÍA MONGE



Una carta (1)

Panamá, diciembre 2 de 1924.

Mi estimado amigo Turner:

Acabo de leer la noble carta que de San José de Costa Rica le escribe el señor Obregón, relacionada con el conflicto entre este país y aquel.

Permítame tributarle a usted mis sinceros aplausos por haber iniciado la meritísima labor de reanudar las relaciones de dos pueblos vecinos y hermanos, llamados a la alta finalidad de la cooperación y solidaridad internacional.

En los momentos del conflicto, fué usted patriota irreductible y de acuerdo con el imperativo categórico de su conciencia, se colocó en el puesto que sus sentimientos de honor le señalaron. Estos antecedentes dan más autoridad al eficiente esfuerzo suyo a favor de un concierto armonioso entre estos países.

Ha tenido mi buen amigo la visión del porvenir y con la misma entereza que se manifestó usted durante la lucha, despliega en la actualidad la bandera de la conciliación. Los tiempos que atravesamos, propenden a una armoniosa conjunción de intereses entre los pueblos Hispano-americanos y en todos

(1) Agente de la tiranía de Juan Vicente Gómez en San José de Costa Rica.—N. del A.

(1) Puso en nuestros manos esta carta el escritor peruano; don Jorge Guillermo Leguía, en estos días nuestro amable y distinguido huésped.

los rincones de América, se siente palpar una renovación de ideales generosos y los más complejos problemas se resuelven conforme a los dictados de la fraternidad continental. El odio es estéril e infecundo y en las nuevas orientaciones la justicia internacional enciende fanales de amor y esperanza... Estas ideas y estos principios rodean la conciencia colectiva de América; y por tal motivo es digna de aplauso su conducta, enderezada a restablecer las relaciones entre Panamá y Costa Rica.

El acto inicial será relegar al olvido las animosidades, prejuicios y la mala voluntad derivada de los hechos anteriores; será fácil en lo de adelante, encontrar la fórmula que armonice para siempre los intereses de ambos pueblos.

Los sentimientos que expresa usted, también existen en Costa Rica, pues su actual mandatario, el Lic. Jiménez, valor auténtico en Centro América, como hombre de pensamiento y conciencia, acaba de manifestar sus puntos de vista en la forma siguiente:

«La actitud de reserva del *Diario de Costa Rica* en esto de Panamá tiene toda mi simpatía; y coincide con la del Poder Ejecutivo. Periódicos hay que nos increpan por nuestro silencio; pero si nada tenemos que decir porque a nada hemos llegado, ¿para qué habríamos de hablar? Lo ocurrido es muy sencillo. Dimos a don Buenaventura Casorla el encargo de conversar en Panamá informalmente con personas dirigentes de aquella República sobre la posibilidad de concluir de un modo amistoso nuestra desavenencia sobre la demarcación de frontera. Desde la conquista hasta el incidente de Coto fueron siempre amistosas y de familia las relaciones de costarricenses y panameños. Sobre todo lo fueron así durante los últimos años, anteriores a 1921. Lazos de amistades y lazos comerciales formaban una urdimbre de acercamiento, cada vez más estrecho. Nuestro pasado y nuestras mutuas conveniencias tienen que sobreponerse a querellas de límites, esa enfermedad de crecimiento que ya casi pasó para estos países, vástagos de la monarquía española. No es posible que el 12 de octubre lo destinemos a la fiesta de la raza, y que desde el día siguiente nos miremos los vecinos como se miraban cristianos y moros durante la reconquista. Nuestra prensa, en esta ocasión, debería ponerse al mismo tono de la panameña que yo he leído. Soplar sobre animosidades es fácil; pero la llama que surge no ayuda, sino lo contrario, a solventar dificultades».

Al enviarle mis sinceros votos de aprobación y aplauso por su laudable empeño, no me mueve otra cosa que el vivo deseo de que establezca definitivamente la concordia entre Panamá y Costa Rica.

Su afectísimo amigo,

OLMEDO ALFARO

Al Lic. don Domingo H. Turner.—Ciudad.

(*La Estrella de Panamá*, Panamá).



Dando las gracias a sus autores

Por estas dos obras:

Entre los niños, por HERNAN ZAMORA ELIZONDO. Cartago, 1925. El Sr. Zamora Elizondo es poeta y abogado, tiene hijos y ama a los niños, los propios y los ajenos, y siente piedad por los que sufren. En estas condiciones se han creado las páginas del folleto que nos ocupa. La sección *Pensando en ellos*, ¡qué bueno sería que la leyeran bastantes padres de familia y los maestros de las escuelas!

Recogimiento. (Apuntes, comentarios y reflexiones),

por ROGELIO SOTELA. Segunda edición. Madrid. Editorial REUS (S. A.) 1925.

Hadas buenas vieron nacer este librito del Sr. Sotela. Combinación sencilla, lectura fácil y amena, acogida simpática, una segunda edición, y en España: todos los caminos de la difusión se le han abierto a esta obrita y a al autor. De ello nos alegramos. No todos disfrutan en vida de tan singular benevolencia de los hados. Con razón, puede considerarse el Sr. Soteta entre los afortunados.



Los amigos del país piden la palabra...

Naranjo, julio 1.º de 1925.

Sr. Dn. Joaquín García Monge,

San José

Estimado Sr. García:

En su REPERTORIO AMERICANO del lunes 29 de junio pasado, he leído la noticia de la venida a Colombia del eminente pedagogo Dr. Decroly, para dedicarse durante un trimestre a la enseñanza de su sistema.

¿No se podría, Sr. García Monge, insinuar la idea en su importante semanario, de invitar al Dr. Decroly a venir a Costa Rica y repetir aquí lo que se va a hacer en Colombia?

Ya sea el Gobierno, si quiere hacer algo por una segura orientación de la enseñanza en nuestro país o ya sea el magisterio nacional, directamente interesado en su mejoramiento, podrían traer al ilustre pedagogo, para oír de sus labios, para aprender de su propio ejemplo, para sentir al influjo del verbo apostólico del convencido la necesidad de encarrilar la enseñanza por senderos de verdadera renovación y perfecta sinceridad. Vendría el Sr. Decroly a agitar el mar muerto de nuestra enseñanza nacional y llevaría el convencimiento a cada maestro, de que en sus manos está el porvenir de la patria, mediante su propio esfuerzo, su propio perfeccionamiento y su propia voluntad.

Dejo en sus manos mi idea, seguro de que la suficiencia pedagógica oficial le pondrá obstáculos, pero seguro también de que los maestros que son fuerza viva, entusiasmo y comprensión, le acogerán con cariño y buena voluntad.

De Ud. muy atto. y S. S.

BOLÍVAR MONTERO



El doctor Domínguez en Centro América

La cultura paraguaya se difunde

Hemos tenido la satisfacción de ver publicada la notable conferencia del doctor Manuel Domínguez sobre Renán, en los dos últimos números del REPERTORIO AMERICANO de San José de Costa Rica. (1)

Como se sabe, nuestro ilustre compatriota ocupó el año pasado la alta tribuna de la Universidad de La Plata, para hablar de las ideas y del estilo del gran maestro predilecto, haciéndolo con la galanura y erudición acostumbradas.

Su notable estudio fué publicado en los anales de dicha Universidad argentina, y ahora se publica por segunda vez en una de las revistas más prestigiosas de América.

REPERTORIO AMERICANO, es realmente, el repertorio intelectual del Nuevo Mundo, ya que por sus páginas desfilan las más esclarecidas mentalidades de nuestro continente.

Su director y propietario es don Joaquín García Monge,

(1) Véanse los números 21 y 22 del tomo 9.

ex-Ministro de Instrucción Pública de Costa Rica, escritor distinguido y uno de los más útiles obreros de la confraternidad de nuestros pueblos.

REPERTORIO AMERICANO ha publicado antes trabajos de O'Leary y Natalicio González, llamando la atención de sus lectores sobre ellos.

Ahora le toca su turno al gran Domínguez, cuya originalidad debe haber llamado la atención de los innumerables lectores de la difundida publicación costarricense.

Y de esta suerte se difunde la cultura paraguaya por el mundo, imponiendo nuestros valores intelectuales.

Es esta otra manifestación de nuestro revivir, de nuestra resurrección nacional, ya que, si materialmente quedamos agonizantes, después de la guerra, espiritualmente desaparecimos, no figurando jamás nuestro nombre entre los exponentes de la civilización americana. Y, sin embargo, una nación que puede presentar a un Domínguez, como expresión de su cultura, no sólo vive, puede estar orgullosa de sí misma!

Pero era preciso que esa alta cumbre del pensamiento paraguayo resplandeciera por encima de las murallas de silencio con que nos rodearon los vencedores...

Y REPERTORIO AMERICANO se encargó de hacer ver de todos los que hablan lengua castellana el panorama espiritual del nuevo Paraguay, destacando en sus columnas las recias personalidades de los conductores de su pensamiento.

Debemos estar, pues, profundamente gratos al abnegado García Monge, por quien sentimos aquí tanta simpatía.

Americanista de verdad, hace obra buena y duradera.

¡Pocos son todos nuestros aplausos para estimularle!

(De *Patria*, Asunción, Paraguay.
Marzo 21 de 1925).



Aviso

De *Savitri* se ha hecho por aparte, en las ediciones del *Convivio*, una tirada de algunos ejemplares. Los que deseen tener el bello episodio en la elegante edición, sírvanse manifestarlo, para tomarlos en cuenta. Precio del ejemplar: ₡ 1.00.



Se compran estos números del REPERTORIO AMERICANO:

Del tomo I: Números 7, 9, 10, 18 y 23.

Del tomo II: Números 1, 3, 5, 20 a 23, 25 a 28, y 30.

Del tomo IV: Números 19 y 23.

Del tomo V: Número 3.

Del tomo VII: Número 21.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Extractos

=Del tomo *Otro Japón desconocido*, por Jorge Tulio Royo, Kobe, Japan.

El Sr. Royo es Cónsul de Panamá en el Japón: de los cónsules hispanoamericanos que se preocupan por estas patrias, que tratan de honrarlas y servir las. Es, además, un escritor ameno y reflexivo el señor Royo. Hemos leído de un tirón, con el mayor gusto, el librito que tuvo la fineza de remitirnos. Haríamos mal si no le transcribiésemos a nuestros lectores algunas de las páginas que más nos placieron. Helas aquí, en parte. Se trata de un Japón real, interesante, que mueve a conocerlo. ¡Quién nos diera ir al Japón! =

La librería Maruzen

...La librería Maruzen es algo que me llena de optimismo el corazón cada vez que la visito. Porque es entonces cuando vengo a darme cuenta exacta de lo mucho que la juventud japonesa ama la buena lectura. De este pueblo hay que esperar mucho todavía. Si no produce, al menos adapta. Y ya eso es una virtud.

Aquí a mi derecha, por ejemplo, están tres alumnos de la Universidad Imperial discutiendo acaloradamente sobre las obras del gran Kropotkin. Más allá se exteriorizan opiniones acerca de Karl Marx, de Gorki, de Bertrand Russell, de Tolstoi. Sobre todo de Tolstoi, que es el autor más leído en el Japón.

Un caso significativo es este: los autores de mayor popularidad entre el elemento pensante son todos rusos. Hay un autor inglés que goza también de mucho prestigio. Me refiero a H. G. Wells, cuyo libro *Outline of History* fué durante varios meses el tópico del día en la sección bibliográfica de la prensa en general. Fuera del Quijote, no hay un libro en japonés traducido del castellano. Los novelistas franceses, sobre todo los naturalistas, gustan bastante y han sido profusamente traducidos. En una palabra, hay amor por la lectura y eso significa mucho en estos tiempos tan mercantilizados.

Aoto Fujitsuna

Una bella mujer a orillas de riente cascada y bajo un cielo claro, es algo que siempre halaga. Porque el artista la sueña hermana de sus desventuras o peregrina de un ideal nunca alcanzado. Así me tocó encontrarme a Kimiko, niña como de veinte primaveras, ojerosa y pálida, deambulando con sus cabellos al viento por las orillas del Namerigawa, pequeño riachuelo de Kamakura que desemboca en el mar.

Al principio creí que se trataba de la *musumé* apasionada recordando a su amante aquí bajo el cedral. Mas luego escuché una voz fina que venía del bosque y que decía en la lengua nativa: Madre, madre, en dónde estás—. Y adiós con el fuego de mis miradas que ya se tornaron tiernas...

Entonces me acerqué diciéndole:

—Buenas noches, señora.

—Buenas noches. ¿Qué lo trae por estos sitios, señor?

—La luna que está tan bella y el calor que hace huir de casa.

—Yo por eso he preferido esta noche para contarle a mi hijita la historia del famoso guerrero Aoto

Fujitsuna. Las enseñanzas objetivas se graban de modo indeleble en la mente de los niños.

—Bravo, señora, yo también quiero escucharla, yo también ando en busca de esas historias y quizá la que escuche de sus labios esta noche me dé tema para escribir algo. Si supiera usted lo contrariado que voy al lecho sin haber pergeñado algunas líneas durante el día.

Y ya viendo el ir y venir de las linfas claras, Kimiko relató, señalando con su pulida mano oriental un sitio del río donde la corriente se hacía más fuerte, la siguiente historia que transcribo para ti, lector enamorado de las cosas del pasado:

Hace ochocientos años Aoto Fujitsuna, uno de los más bravos samurayes del Yamato, cruzó este río en jira de campaña. Al llegar a la parte conocida bajo el nombre *Namerigawa*, se le cayó al fondo del río un níquel por valor de un centavo. Fujitsuna alquiló en seguida los servicios de un pescador para adquirir el níquel perdido. Fué inútil. Contrató entonces los servicios de nueve pescadores más por valor de un centavo cada uno hasta que el níquel fué hallado. Los soldados y oficiales que le acompañaban lo imaginaron loco. Pero él estuvo presto a decirles: «El centavo en el agua hubiera quedado perdido para siempre. Lo hemos sacado. Y los diez centavos gastados pasarán a manos de honestos campesinos que los aumentarán con su trabajo—. Esta anécdota aumentó los admiradores de Fujitsuna y hoy nadie lo recuerda por sus batallas gloriosas contra los Taira sino por el centavo del *Namerigawa*».

He aquí un principio de economía política ante el cual Ruskin se hubiera quedado atónito!

Como en la Irlanda de Yeats

Para JOSÉ OLLER

Estoy en Nara. Y al escuchar el quejido del venado bajo el peso de la noche invernal, me acerco al lecho de Yamakubi San, en cuya casa he resuelto ver rayar el día. Y la encuentro anegada en lágrimas. Pero interrumpo la íntima confidencia de esta musumé apasionada por el amor, el odio o la venganza. Las mujeres, a la hora de llorar, lloran por todo.

—¿Qué te recuerda esta hora, Yamabuki San?

—Mi juventud, señor, que fué humo de un día. Mi alma vuelve al mundo cuando escucho el llanto de los venados bajo el peso de la noche invernal. Para el japonés que alguna vez en su vida haya amado, no hay nada más emocionante que escuchar el quejido de estos animalitos que nuestra religión ha hecho sagrados. Matar a un venado de Nara equivale a matar a un niño.

Mi mente, cuando Yamabuki San termina de hablar, evoca la Irlanda del poeta Yeats. En las leyendas célticas el venado es símbolo del amor. En la mitología como en la literatura nipona, el venado representa siempre una vida unida a otra vida por medio de la ternura. El venado es el amor que nunca muere, la fidelidad, la abnegación. He aquí un punto en que un pueblo del viejo mundo viene hermanado a un pueblo del lejano oriente sin que ni uno ni otro, tal vez, se dieran cuenta.

Bajo la nieve

Para ALEJANDRO CORDONES.

Son las diez de la mañana y nieva de un modo lúgubre. He dejado el *machiai* Nonki en el parque Hara, único sitio que no destila vulgaridad en este Yokohama mercantilizado. A ambos lados de la calle los niños se ocupan en levantar con nieve imágenes del Dios Daruma. La leyenda de este Dios es bien conocida: embebido en su contemplación a Budha le atacó el sueño y cayó rendido. Luego juzgó que lo único factible para no dormirse era arrancarse las pestañas. Y con sencillez primitiva, esta gente cree que en el mismo sitio donde cayeron las pestañas del fanático adorador de Budha, nació por primera vez la flor del te, que quita el sueño...

En las aldeas y villorios la nieve invita a contemplarla sobre llanos y montañas. Aquí la nieve pierde todo su encanto. Tan pronto caen los blancos copos el trotar del *kurumaya* los derrite. Los niños también son crueles con la nieve. En su empeño de levantar fetiches remueven el enano árbol de pino y le roban su manto albo y sagrado. Y como que el pino se quejara...

Setsubun

Despierto a las seis de la mañana oyendo a la vieja criada cantar: *fuku wa uchi, oni wa soto*. Hoy es 4 de febrero y no hay hogar japonés que al despuntar el día no entone este canto cuya traducción es: afuera con los males, venga la dicha.

El Setsubun marca la llegada de la primavera según el calendario antiguo y es el día fijado por los sacerdotes shintoístas y budhistas para rogar por la prosperidad de la nación. El *Setsubun* es también la fecha apropiada para saber la edad de alguien. En el Japón la edad no se cuenta a partir de la fecha en que nace el individuo, sino de acuerdo con el *Setsubun*, pues es considerado como el día del nacimiento de todos. Con este sistema resulta que los japoneses cuentan un año más que nosotros.

La mitología nipona nos divierte refiriéndonos el viaje al infierno del príncipe Izanagi con el objeto de adquirir promesa formal del Dios del Mal para no molestar más a los hombres.—Y hoy 4 de febrero—me dice mi criada, muy convencida—es aniversario del día en que el Demonio entregó a nuestro príncipe esta promesa escrita con su propia sangre y en la hoja de un árbol... Es por esto que nosotros, en este día, renovamos nuestras maldiciones al infierno—.

Señores de Occidente: Este país tendrá cañones y será, desde luego, gran potencia. Pero su religión y costumbres, en el bajo pueblo, pasarán siglos sin que alteren. ¡Y alégrese, nipones! ¡Qué infeliz del pueblo huérfano de un carácter distintivo!

JORGE TULLIO ROYO

(Seguiremos en una de las próximas entregas).

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repetorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: ₡ 2.00.